



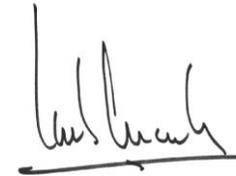
SCRIBERE

Santa Teresa de Jesús para niños

“Y nunca guardéis lo escrito. Porque lo inédito es como un pecado que no se confiesa...”. Así se expresaba Machado y vosotros habéis seguido su consejo compartiendo con nosotros imaginación, buena prosa y bellas ilustraciones.

Por ello, quiero aprovechar estas líneas para daros la enhorabuena por vuestro trabajo, agradecer la generosidad en el esfuerzo y felicitaros por narrarnos con una obra sencilla y didáctica la historia y paso de Santa Teresa de Jesús por nuestra ciudad y sus estrechos vínculos con la literatura en el V Centenario de su nacimiento.

Con estas líneas, por lo tanto, quiero daros las gracias en nombre de todos los sorianos y sorianas y reconocerlos como dignos herederos de una tierra de ‘poetas’. Por supuesto, no podemos olvidarnos de la necesaria complicidad y ayuda de los docentes del Colegio Santa Teresa de Jesús, del centro y de todos los que, de una forma u otra, han hecho posible este proyecto.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Luis Macho', written over a horizontal line.

Agradecimiento

A quienes nos han dado la oportunidad de difundir la figura de Teresa de Jesús y a todos los que han participado en este bonito proyecto.

Texto: Alumnos del colegio Santa Teresa de Jesús, Escolapias
Carlota Alcubilla, Lucia Arranz, Luis Arribas, Diego Casqueiro, Paula A. Costas,
María Gallego, David del Hoyo, María Iglesias, Luis A. Largo, Cristina Lázaro,
Rocio Miguel, Rebeca Recio Paula Romero.
Coordinación: Ana Pérez
Ilustraciones: Eduardo Esteban

SCRIBERE

Santa Teresa de Jesús para niños

Hoy es siete de abril, ayer, seis.

Ayer se acabó la mayor de las aventuras que jamás haya vivido nadie en los millones de años que la Tierra lleva existiendo.

Mi nombre no importa, solo soy una alumna más del colegio Santa Teresa de Jesús, un colegio que guarda un secreto, un colegio que guarda un diario, **su diario**.

Lo encontramos, mis compañeros y yo el **seis de febrero**.

Ese día vimos que, bajo la mesa de la biblioteca, había un libro que tenía la portada de un cuero viejo y desgastado, las hojas arrugadas y amarillentas, con las huellas que el tiempo había impreso en él.

Pero estaba vacío, no había ni una sola letra escrita. En la portada apenas se intuía una palabra en cursiva: **"SCRIBERE"**.

- Es una palabra latina y significa "escribe" _nos dijo el profesor de Cultura Clásica.

¿Escribe? ¿Qué significado tenía? ¿Se refería a lo que nosotros debíamos hacer?

- Y si escribimos?_ preguntó mi amiga. Total, el libro está vacío, no perdemos nada.

Lo abrí, cogí un bolígrafo y escribí: "hola".

De pronto, la tinta azul comenzó a emborronar el papel y a ser absorbida. Lo más sorprendente fue que, donde hace unos segundos solo había aparecido mi letra ilegible, ahora podía leerse con toda claridad, con tinta roja y una caligrafía curvilínea, un "HOLA", como respuesta al anterior.

iiiiBrujería!!!!, pensamos. Cogimos con cierto temor el libro y, ya nos disponíamos a esconderlo en uno de los armarios cuando, de pronto, la tinta roja volvió a ser absorbida y, en su lugar apareció un escueto texto:

"NO OS ASUSTÉIS. NO SOY UNA BRUJA, SOLO QUIERO DECIROS QUE, SOIS LOS ELEGIDOS".

Fue entonces cuando la vista se me nubló, me mareé, sentí náuseas, cerré los ojos y ... al abrirlos, el lugar en el que me encontraba, acompañada de mis amigos, era una estancia grande, con muebles de madera de estilo renacentista y una gran alfombra persa. Postrada en la



cama había una mujer con una hermosa niña recién nacida en sus brazos y un hombre que las besaba dulcemente y susurraba un nombre:

“Teresa”.

Debíamos haber viajado hasta el veintiocho de marzo de 1515 *pues ese día* nació Teresa de Jesús.

Tras unos instantes de confusión, volví a sentir un ligero mareo y, al abrir los ojos, tenía ante mí a una vivaracha niña de unos nueve años que leía ensimismada una novela de una princesa medieval. Solo una voz interrumpió su lectura:

¡Teresa!, ¡Ven a comer!

Aproveché para ver de qué libro se trataba pero, cuando me acerqué, las páginas comenzaron a pasar solas y a gran velocidad, como impulsadas por un fuerte viento. De nuevo me invadió esa extraña sensación y me sentí transportada a otro lugar:

Esta vez, me adentraba en un bosque donde reconocí a Teresa con su hermano.

En fila india caminaban mis amigos siguiendo mis pasos. La curiosidad nos impulsaba a descubrir más cosas de *esa niña llamada* Teresa. Pudimos escuchar cómo decía:

“Juan,
descansemos,
estamos
llegando al
puente de
Granada”



“Teresa, sigamos. Solo llevamos una hora de camino”.

Soñaban con llegar a tierra musulmana pero sus planes se vieron truncados porque, apareció un hombre que no supimos identificar, que los condujo de vuelta a casa.

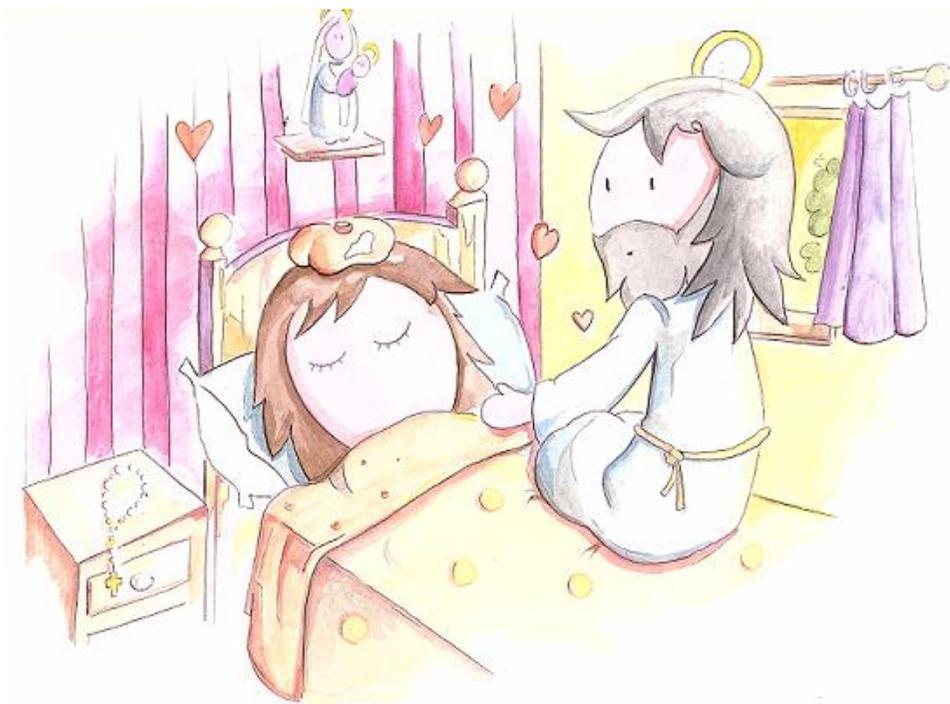
Más tarde averiguaríamos que se trataba de su tío.

Ante mí se cernía una nube oscura y espesa que no presagiaba nada bueno. Otra vez ese estado de ensoñación y pronto me vería en otro destino diferente al anterior. Así fue.

Descubrí a una Teresa triste y abatida que lloraba ante la tumba de su madre.

Debíamos hacer algo para consolarla pero no podía sentir nuestra presencia. Ella, que tantas veces notó la cercanía de Dios, sin embargo no podía sentir que queríamos acompañarla en su dolor.





Una luz cegadora hizo que, sin saber cómo, cambiáramos *otra vez* de escenario y ... ¡qué extraño!, volvíamos a la habitación en la que vimos nacer a Teresa.

Su aspecto era el de una joven de unos dieciocho años, postrada en la cama, con la tez amarillenta y los ojos vidriosos. Hablaba con alguien pero la soledad invadía la estancia.

Permanecimos un rato observando y escuchando sus delirios pero, no pudimos averiguar con quién hablaba y, sin apenas darnos cuenta, todo volvió a cambiar.

Entonces, el claustro de un monasterio aparecía ante nuestros ojos. El silencio y el recogimiento no estaban reñidos con una agitada actividad de monjas que cumplían con sus rutinas diarias.

—¿Ese rostro?— Dijo uno de mis compañeros.

Sí, una de las religiosas más jóvenes era Teresa; vestía el hábito de las novicias carmelitas y su expresión mostraba serenidad. La imagen se desvaneció en pocos segundos pero indudablemente era ella.





La impresión que recibimos poco tiempo después, fue muy diferente.

Vimos a una Teresa absorta en sus pensamientos. Algo le preocupaba seriamente. Observaba cómo algunas religiosas no cumplían con sus obligaciones y vivían la fe de un modo muy diferente a como ella había aprendido.

Fue entonces cuando leímos su pensamiento,

quería llevar a cabo una reforma y crear la Orden de las Carmelitas descalzas.

Pero nuestro viaje por el pasado no había finalizado.

Por fin empezábamos a comprender, estábamos recorriendo la vida de Santa Teresa de Jesús, era su diario y estaba en nuestro colegio.

Quizá el nombre de nuestro "cole" tuviera alguna relación con el hallazgo de este libro...

La Santa le pedía a San Juan que le ayudara en su lucha para reformar la Orden carmelita. No sin cierto pesar y, aun sabiendo que esto le podía llevar a prisión, aceptó y juntos emprendieron esta complicada tarea.

Cuando estábamos escuchando cómo San Juan mencionaba nuevas fundaciones, una suave y agradable brisa recorrió la celda en la que nos encontrábamos, transportándonos, junto a Teresa, en su largo viaje a través de los lugares en los que dejó su legado.

Un remolino de viento y polvo nos depositó en la celda de un convento y asistimos a la conversación que mantenían dos personajes históricos:



Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, dos místicos del S XVI que habíamos estudiado en historia y en literatura.

Los años habían cambiado el rostro de la inocente y dulce Teresa; la enfermedad había endurecido a esta mujer incansable, pero todavía se apreciaba la serenidad de quien se siente segura de la labor que Dios le ha encomendado en este mundo.

Nos encontramos en una pequeña ciudad, habíamos entrado en un convento y, situados en una austera sala, pudimos observar un pergamino extendido sobre una mesa que ocupaba el centro de la estancia. En él se hacía referencia a todos los conventos que la Santa había fundado hasta el momento:

....Pastrana, Sevilla, Caravaca de la Cruz....

El último nombre estaba aún sin poner, solo una inicial "S" nos hizo pensar que estábamos asistiendo, ni más ni menos, que a la fundación del convento de Carmelitas descalzas de nuestra ciudad: **SORIA**.

Santa Teresa se encontraba en Soria para culminar su décimo quinta fundación, era el año 1581 y nosotros estábamos con ella.



¡Menudo acontecimiento!
¿Cómo íbamos a explicar esto?
Nadie nos creería,
pero tú sí ¿verdad? tú, lector, sí nos crees.

Un fuerte dolor de cabeza me obligó a cerrar los ojos, me sentí desorientada y mis pies muy fríos. Ante mí tenía muchos libros, vitrinas con libros, armarios con libros y una mesa muy larga.

¡Estaba en la biblioteca del colegio! Miré a mi alrededor y pude ver a quienes me habían acompañado en este extraño paseo por el pasado. Ellos no tenían sus pies descalzos. Lo último que recuerdo es el sonido del timbre que avisa del final de una clase y el comienzo de la siguiente.



Hoy, dos meses después, he vuelto al colegio, he ido a la biblioteca y he abierto el libro. Volvía a estar vacío.

Pero no he podido resistirme y mi dedo se ha movido dibujando un:

“¿Por qué?”

“...¿POR QUÉ? ... PORQUE ESTA CIUDAD ME DIO MUCHO
Y YO LE PUDE OFRECER POCO...
EN LOS DOS MESES QUE PASÉ AQUÍ,
LA GENTE FUE CÁLIDA CONMIGO...
ME ENAMORÉ DE SUS CALLES, DE SUS PAISAJES,
DE SUS RINCONES Y DE SU RÍO...
ME HUBIERA ENCANTADO FINALIZAR AQUÍ
MIS FUNDACIONES,
PERO MI MISIÓN TODAVÍA NO ESTABA COMPLETA
Y MI PLUMA ESTABA YA DEMASIADO CANSADA PARA
HACER JUSTICIA A TANTA BELLEZA:
AL SENDERO JUNTO AL RÍO,
A LOS CERROS MILENARIOS Y POLVORIENTOS,
AL SUAVE FLUIR DEL AGUA...
POR ESO, ME PROMETÍ A MÍ MISMA QUE EL RECUERDO
DE ESTA CIUDAD ME ACOMPAÑARÍA SIEMPRE,
QUE MIENTRAS TUVIERA FUERZAS,
PEDIRÍA PARA QUE, ALGÚN DÍA,
OTRO POETA, MÁS JOVEN Y DE PLUMA MÁS ÁGIL,
CANTARA A ESTA SORIA AUSTERA
Y LE DEVOLVIERA LA GLORIA QUE MERECE.”

Emocionada, le contesté que eso ya había pasado y que no uno, sino varios poetas cantaron a nuestra tierra y contribuyeron a situar a Soria en el mapa.

La tinta roja volvió a humedecer una página formando un: "LO SÉ" y un parrafito algo mayor que decía:



MIENTRAS SUS GENTES CUIDEN DE MI OBRA, SORIA
SIEMPRE SERÁ
“LA CIUDAD DE LOS POETAS”.

